

nombrando a la vez como suplente al C. Lic. Justo Mendoza, con la seguridad de que este Sr. sería quien fuese a desempeñar el cargo de representante, supuesta la voluntad de Ocampo de retirarse a su hacienda.

Otra vez las fértiles campiñas de Pomoca se sintieron reanimar ante la mirada de aquel genio que así sabía conducir el arado por las sementeras, y sorprender el misterio de la fecundación vegetal para enriquecer la flora, descubriendo, más bien dicho, creando una flor nueva, una variedad del rosal que lleva el anagrama de su nombre; como roturar una tierra virgen en el campo de la política para que brotasen ideas generadoras.

Léjos del bullicio del mundo, Ocampo se formaba una vida aparte, con sus libros, con las flores de su jardín, con los árboles de su parque, con las llanuras de sus trigales, sobre los cuales una brisa perfumada hacia ondular olas caprichosas y juguetonas. Un cielo sin nubes dejaba entrever horas de felicidad y de calma.

Pero las horas de felicidad y de calma pasan fugitivas por el cielo de nuestra vida como brillantes meteoros que apenas nos dejan vislumbrar su huella luminosa.

* * *

Una mañana; eran los últimos días de Mayo de 1861, la hacienda de Pomoca se vió rodeada de soldados: un oficial español, seguido de un peloton de ellos se introdujo a la sala y se apoderó de D. Eutimio López, creyendo apoderarse del dueño de la finca. La tropa iba a retirarse, conduciendo a su prisionero, cuando salió Ocampo que se hallaba en las piezas interiores y que había sabido la presencia de los reaccionarios y la prision de su amigo, cuyo silencio tenia por objeto salvar al filósofo, bien persuadido de que su muerte estaba decretada.

—¿A quien buscan ustedes? preguntó D. Melchor lleno de tranquilidad.

—A Ocampo, respondió Lindoro Cajigas, comandante de la fuerza.

—Yo soy Ocampo, llévenme ustedes y dejen libre al señor, que está aquí de visita.

Cajigas ha de haber agradecido, no comprendiéndolo, este acto de heroísmo y de honradez; y sin permitir que su víctima tomase algunas monedas, un abrigo, ni siquiera un sombrero, dió la orden de marcha.

En la noche llegó la fuerza aprehensora a Maravatío. Aquel pueblo que siempre se ha hecho notar por sus simpatías al partido conservador, pero que amaba a Ocampo y respetaba sus virtudes, triste y lloroso, no omitió ofrecimiento ni sacrificio alguno para libertar ó para consolar al ménos al ilustre prisionero.

El Sr. D. Antonio Balbuena, arrojando los ultrajes de la soldadesca, intentó dar a Ocampo los recursos que necesitaba, lo que no le fué concedido.

Los jóvenes Urquiza proyectaron horadar la prision y sacarlo en el silencio de la noche; pero desistieron de su intento, porque el preso tenia dos centinelas de vista con la orden terminante de matarlo, al menor movimiento que sintiesen. La ejecucion del crimen y los medios de consumarlo estaban maduramente previstos é inevitablemente asegurados.

Al dia siguiente, la tropa emprendió su camino para Tepeji del Rio. Los vecinos de Marava-

tío pensaron armarse y arrebatarse al Sr. Ocampo de las manos de sus verdugos; pero los retrajo el temor de comprometerlo mas bien que salvarlo.

Ocampo llegó a Tepeji del Rio el dia 3 de Junio, fué presentado a Márquez y desde luego comprendió que su muerte estaba decidida. Se le preguntó si queria un confesor; y como lo rehusase, fué conducido a su prision y rodeado de centinelas.

Durmió trãquilamente algunas horas, habiendo sido preciso despertarle cuando llegó el momento fatal.

—¿Ya es hora? preguntó sin que en su fisonomía se notase la menor alteracion. Se arregló su abundante cabello y pidió recado de escribir.

Los soldados estaban admirados de tanto valor. Jamás habia visto serenidad como la de aquel hombre.

Escribió su testamento que publicamos despues de este bosquejo. Escrito con mano segura ese documento revela la calma con que fué meditado: hay en él un párrafo que solo su familia pudo comprender, el relativo a encontrarse oculto entre la mampara de la sala y la recámara el testamento de Doña Ana María Escobar; pues que siendo este un papel sin importancia ninguna

para otros que no fuesen de la familia de Ocampo, supo así revelar a sus herederos el sitio donde tenia guardadas algunas alhajas de valor. Hay tambien en el testamento algunas palabras, ininteligibles entónces, pero que despues sirvieron para asegurar a un hijo póstumo algunos cortos bienes. Este hijo se llama Melchor; nació seis ó siete meses despues del asesinato del Sr. Ocampo y hoy comienza sus estudios en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo.

Asegurados los intereses de su familia, con paso firme se dirigió al lugar de la ejecucion: allí pidió de nuevo la pluma y el tintero, y sobre el tronco del árbol en que fué colgado despues de su muerte, escribió su último pensamiento, al calce de la memoria testamentaria. Es el legado de su biblioteca al Colegio de San Nicolás.

Despues apoyó sus manos en el tronco de aquel árbol, reclinó sobre ellas su cabeza y oró algunos minutos.....

Una descarga de fusilería segó aquella vida tan fecunda en bienes para la patria.

*
* *

Así murió Ocampo que hizo por la felicidad

de su país cuanto en conciencia creyó que era bueno."

¿Cómo sabreis pagar vosotros, jóvenes alumnos del colegio que él tanto amó, vuestra deuda de gratitud a su memoria?—Imitando sus virtudes, conservando siempre su recuerdo.

*
* *

La noticia del horrible asesinato circuló rápidamente en la República.

Las personas sensatas de todos los partidos vieron en ese hecho el resultado de una venganza, ejercida por la faeccion clerical contra un hombre pacífico enemigo del derramamiento de sangre; pero sobre quien pesaban el ódio de las preocupaciones y el furor de la intolerancia religiosa.

Cuando se supo en la capital el infausto suceso, la sociedad entera se sintió sobrecogida de horror contra los asesinos, y el nombre de Ocampo se trasmitía de boca en boca, en medio de un silencio profundo, como el de un mártir bendecido. El pueblo se aglomeraba a leer en las esquinas un artículo vehemente y tiernamen-

te sentido, escrito por el Sr. Lic. Don Antonio Florentino Mercado, y en grupos amenazadores se dirijia despues a las galerías del Congreso.

Nadie podrá describir la indignacion que la noticia produjo en el ánimo de los diputados. La cólera estalló en todos los bancos y no se oían mas que gritos de venganza. Se votó en el acto una ley que señalaba precio a las cabezas de Márquez, Zuloaga, Mejía y Cobos, se expidió un apasionado decreto sobre los plagiarios, en cuyo número fueron comprendidos los ejecutores del crimen de Tepeji del Rio y se aprobaron otras disposiciones que tendian todas a poner fuera de la ley a los asesinos. El ilustre ciudadano Santos Degollado, preso entónces a disposicion del gran jurado, se presentó a la Cámara y hondamente conmovido pidió y obtuvo el permiso de ir a batir a los verdugos, "para vengar la muerte de su hermano."

Pocos dias despues, el mismo Degollado caía en manos de los reaccionarios y era horrorosamente mutilado.

El cadáver de Ocampo fué conducido a México; estuvo primero en el hospital de Terceros y fué puesto luego a la espectacion del público en el Palacio Municipal, en donde una inmensa

multitud de personas permaneció a su lado durante todo el tiempo en que allí quedó depositado; muchos cortaron pequeños pedazos de su traje y fragmentos del pelo para conservarlos como las reliquias de un padre del pueblo. Allí se hizo la autopsia y se separó el corazon para enviarlo a su familia. Personas veraces que han visto despues el corazon aseguran que se le notaban pequeñas cicatrices, tal vez de las heridas que recibió Ocampo al ser confundido con el Sr. Martinez Caro.

En la tarde del dia 6 de Junio, una inmensa comitiva, formada del presidente, de los diputados que habian cerrado ese dia sus sesiones, de los ministros, el ayuntamiento, los colegios, los empleados y un considerable número de personas de todas clases, acompañó al cadáver, a pesar de una fuerte lluvia, a su última morada. La procesion fúnebre desfiló por las calles de Plateros, San Francisco, Santa Isabel y la Mariscalá, hasta San Fernando. El Sr. Lic. D. Ezequiel Montes, profundamente conmovido pronunció una oracion fúnebre, digna de su elocuencia y digna del grande hombre a quien se consagraba. Los restos del Sr. Ocampo están depositados frente al sepulcro que guarda los de D. Miguel Lerdo de Tejada.

*
* *

¿Para qué decir el duelo de Michoacan, al saberse aquí que el padre de la juventud, que el filósofo, que el benefactor habia dejado de existir?

En todos los pueblos se hicieron honras fúnebres à su memoria.—Gabino Ortiz produjo, en las que se verificaron en esta capital, la magnífica y sentida elejía que todos conocemos; la Legislatura decretó el 17 de ese mes que el Estado llevase el nombre de Ocampo y que fuese dia de luto el 3 de Junio, conmemorándose cada año el dia aciago que nos arrebató al mas ilustre de los michoacanos.

Morelia, Junio 3 de 1875.

PENSAMIENTOS DE OCAMPO.

La publicidad es la mejor de las garantías en los gobiernos. Si cada hombre público diese cuenta de sus actos, la opinion no se estraviaria tan facilmente sobre los hombres y sobre las cosas.

*

Mi carácter es tal, que prefiero quebrarme a doblarme.

*

Recordad que si todas las virtudes son útiles en su caso, la beneficencia lo es en todos; que ella nos vivifica y es la que nos asemeja a la Divinidad.